Contemporaneidad de la poesía escrita por mujeres en la poesía chilena

Elvira Hernández

Desde cualquier ángulo que se trate de observar la actividad poética chilena hay que decir primeramente que ésta se despliega en la más absoluta soledad. Los escasos libros que aquí aparecen, hacen su pirueta en el vacío de su circuito y siguen el camino hacia su desaparición sin mayor comentario impreso y a veces cargando el pesado fardo de la crítica de pasillo. Hemos perdido la memoria en los años de la dictadura en esto de debatir desde la poesía en el espacio público. Estamos acostumbrados a leerla y a escucharla con silencio posterior. Poetas y poetas, hombres y mujeres somos partes de esta reacción cultural

Es así entonces, que cuando en la "escena" irrumpen de pronto esos paraguas (1) denominados literatura y/o escritura de mujeres, o crítica feminista, creando cierta efervescencia, las mujeres de letras nos apresuramos (no debiendo apresurarnos) a ponernos bajo aquellos especulativos paraguas con la confianza puesta en el acercamiento, mas, la soledad mantiene su cerco, y con tal conceptualidad no se desemboca realmente en la arena pública pero se hace vida social. Si aquella importación conceptual hubiese caído seriamente al debate, sin duda, habría reanimado teóricamente a la anémica crítica nacional y no se habría convertido en la etiqueta de un traje llegado de afuera, de esos que en estos últimos años nos han llegado por toneladas.

Injusto sería no reconocer que tal indumentaria ha tenido éxito en nuestras privadas fiestas de disfraces. Algunos hombres poetas hablan fríamente de practicar una "escritura femenina") como una manera de decirnos que están con los nuevos tiempos, mientras a muchas de nosotras nos persigue el terror de estar reproduciendo solapadamente la "escritura del otro", vendiéndonos consciente e inconscientemente al

imperialismo de la tradición masculina.

La mujer poeta chilena __que no es multitud__ y que ha venido desarrollando su trabajo en una gran marginación histórica y artística, venciendo tremendas resistencias y tergiversaciones, no ha visto favorecidas sus postulaciones estético-sociales con la creación del microclima "para mujeres". Me parece que la instalación de esta especie de antecámara poética o pequeña burbuja del género la ha dejado hasta en "paños menores", poco "presentable" frente a la institución poética bicameral: el señor de engolado terno y el héroe de sencillez cuasi reventada.

La existencia de áreas protegidas, que ni siquiera pueden ser aceptadas para los sectores intelectuales resultan intolerables. Nuestro trabajo poético no sale a buscar un valor a priori de mujer para probar su consistencia ni rodearse de congéneres para adquirir seguridad. Gabriela Mistral en su época no intentó además demostrar que tenía alma, ante los canónigos literarios.

Habremos sin duda dado un paso adelante en nuestra autonomía cuando seamos capaces de observar y de analizar en una misma redoma, por ejemplo, "La Sinfonía del Hombre Fósil y Otros poemas" (1953) de Stella Díaz Varín, con "La Greda Vasija" (1952) de Alberto Rubio o, el libro que publicaba en aquellos años Enrique Lihn "Poemas de este Tiempo y de otro" (1955).

Cuando pongamos en contacto las "Memorias de un Pájaro Asustado" de Paz Molina con las "Huerfanías" de Jaime Quezada o, cuando veamos cuánta dezacralización y misas negras hay tanto en la poesía D. Maquieira como en la de Eugenia Brito. Definitivamente a la mujer poeta no le sirven los limbos; los enclaves la alejan de la sociedad que la anula y que ella debe transformar. Porque la mujer poeta no puede estar tranquila.

Tras este rodeo, en que he tratado de dejar la sensación de la atmósfera que respira la mujer chilena que escribe, digamos las poetas, me acerco al punto central de este encuentro con FEMINARIA. Gran parte de las actuales poetas chilenas se han formado en estos últimos 20 años y el desarrollo ha sido

desigual como debía esperarse: distintas conciencias de sexo, posturas ideológicas y políticas disímiles, manifestaciones poéticas que van desde la militante hasta la suprarrealista, en un mundo donde la mujer efectivamente ha ido ganando espacio (los enclaves, la admisión de los cuartos propios) pero donde todavía no ha ganado credibilidad. La poesía despliega entonces su abanico como punta de lanza.

En estos poemas, que he seleccionado por su factura y por la actualidad de sus proposiciones, se pueden advertir con gran claridad los diversos estilos y voces - los que sumados a los de Stella Díaz V. , figura moderna de nuestra poesía- registran una importante raíz común: la independencia de expresión.

(1)

NOTA:

(1) *La metáfora de los paraguas tiene tradición en Chile. La derecha decía que cuando en Moscú llovía los comunistas chilenos salían acá con paraguas. Para ser justos hay que decir que lo mismo le ocurre a la derecha con los paraguas norteamericanos y a otros grupos con los paraguas franceses.*

Toda las cosas ya fueron dichas. Pero como nadie escucha, es preciso comenzar de nuevo.

André Gide